

NOTICIAS

El día 20 de abril de 1965 concluyó, por precepto de ley, la función directiva del señor Dr. Eduardo García Máynez, en el Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad Nacional Autónoma de México, después de 20 años de fructífera labor.

La H. Junta de Gobierno de la Universidad, en sesión del 5 de enero de 1966, designó al Dr. Fernando Salmerón como nuevo Director del Centro. El Dr. Salmerón nació en la ciudad de Córdoba, Ver., el 30 de octubre de 1925; es Licenciado en Derecho por la Universidad Veracruzana y Maestro y Doctor en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Desde 1947 ha ejercido la actividad docente, sin más interrupción que el tiempo en que radicó en Europa realizando estudios de filosofía en la Universidad Albert Ludwig en Friburgo de Brisgovia, Alemania; actualmente imparte cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha sido Director (fundador) de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Veracruzana y Secretario General y Rector de la misma Universidad. En la Secretaría de Educación Pública desempeñó los cargos de miembro del Consejo Nacional Técnico de la Educación, Coordinador de la Comisión Nacional para el Planeamiento Integral de la Educación y Director General de Enseñanza Superior e Investigación Científica. En el Centro de Estudios Filosóficos, del cual actualmente es Director, es Investigador desde hace algunos años. En el terreno editorial, formó parte del Consejo de la Revista de la Universidad Veracruzana y de la Comisión de Ediciones Especiales del Instituto Politécnico Nacional. Ha publicado: *Las mocedades de Ortega y Gasset*, El Colegio de México, México, 1959; *Cuestiones educativas y páginas sobre México*, Universidad Veracruzana, Xalapa, Ver., 1962; "Los filósofos mexicanos del siglo xx", en *Estudios de historia de la filosofía en México*, México, 1965; *El ser ideal en la metafísica del conocimiento de N. Hartmann*, separata de *Diánoia*, Anuario de Filosofía, 1965; *La doctrina del ser ideal en tres filósofos contemporáneos: Husserl, Hartmann y Heidegger* (tesis para obtener el grado de Doctor en Filosofía). Diversas revistas —*Cuadernos Americanos*; *Filosofía y Letras*; *Universidad de México*; *La Torre* (Puerto Rico); *La Palabra y el Hombre*; *Diánoia*; *Educación*, *Revista de Orientación Pedagógica*— recogen artículos breves y notas del Dr. Salmerón, aún no agrupados en forma de volumen.

El Dr. Eduardo García Máynez, al término de su actuación como Director, en ceremonia pública, hizo la recapitulación de la historia del Centro que a continuación se publica.

BREVE HISTORIA DEL CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS

I. Los primeros cinco años

En el mes de agosto de 1940, poco después de haber sido electo Director del Plantel de Mascarones, decidí fundar un Centro de Estudios al que podrían pertenecer los profesores de materias filosóficas que estuviesen interesados en reunirse periódicamente con sus colegas para leer y discutir, en sesiones de mesa redonda, trabajos sobre temas de filosofía. El proyecto fue aceptado por los maestros de la Facultad y de la Escuela Nacional Preparatoria a quienes invité a formar parte del grupo. La decisión de constituirlo se adoptó, no sé si a fines de agosto o a principios de septiembre del mismo año, en reunión que tuvimos en un restaurante de la calle de Allende, a la que asistieron, entre otros, Roberto Mantilla Molina, José Gaos, Adolfo Menéndez Samará, Luis Recaséns Siches y el que habla. Entre mis papeles, conservo una instantánea, tomada al concluir la comida, en que aparecen todas las personas a que acabo de referirme. Los retratados teníamos entonces más pelo, menos peso, grandes bríos y muchas ilusiones que el tiempo ha ido marchitando o se han esfumado por completo. Acordamos que la agrupación se llamase *Centro de Estudios Filosóficos de la Facultad de Filosofía y Letras*, y que cualquier cultivador de la filosofía, fuese o no catedrático de la Universidad Nacional de México, podía ser admitido como miembro. Sin tomarnos el trabajo de hacer estatutos ni de dar forma jurídica al grupo —en aquella época empezaba ya a olvidarse que soy abogado— de inmediato pusimos manos a la obra. La primera sesión se efectuó días más tarde, y en ella fue discutida una ponencia del profesor Eduardo Nicol, que éste defendió con hondura, agilidad y juvenil entusiasmo.

Deseo recordar que entre 1937 y 1940 llegaron de España muchos y muy distinguidos intelectuales, para los que uno de ellos, el Dr. José Gaos, inventó el calificativo feliz de “*transterrados*”. La incorporación de varios de los más ilustres a la Facultad de Filosofía y Letras, me hizo pensar en la conveniencia de dar mayor amplitud al plan de trabajo del Centro, y de intentar —con tan valioso refuerzo— una serie de empresas editoriales. En otro convivio —esa vez en el restaurante *Europa*, que a la sazón regenteaba el hoy famoso y entonces casi desconocido señor Dalmau Costa, decidimos crear el *Boletín Bibliográfico* y una revista que aparecería como órgano de la Facultad y cuya primera parte estaría exclusivamente destinada a la publicación de estudios de filosofía. Igualmente se habló —lo que en aquel momento parecía casi un sueño— de buscar un editor que se atreviese a convertir en libros el resultado de nuestras investigaciones. Al banquete que acabo de recordar asistieron José Romano Muñoz, Samuel Ramos, Adolfo Menéndez Samará, José Gaos, Juan Roura-Parella, Joaquín Xirau, Rubén Landa, Joaquín Álvarez Pastor y algunos otros.

El *Boletín Bibliográfico* empezó a publicarse en octubre de 1940. En la página inicial dijimos: “El presente *Boletín* es la primera publicación del Centro de Estudios Filosóficos de la Facultad de Filosofía y Letras. La finalidad esencial del Centro consiste, como su nombre lo indica, en cultivar y fomentar el estudio de las disciplinas filosóficas, dentro y fuera de la Universidad de México. Para el logro de este propósito, organizará periódicamente pláticas, cursos y conferencias y publicará los trabajos de sus socios, las actas de las discusiones y una serie de textos clásicos de filosofía.”

La vida de nuestra primera publicación no fue muy larga. De ella se hicieron 13 números, el último de los cuales correspondió al trimestre octubre-diciembre de 1943. El *Boletín* dejó de salir no sólo porque la sección de reseñas de *Filosofía y Letras* en parte lo duplicaba, sino porque los veinte pesos que pagá-

bamos por cada nota no ofrecían gran aliciente a los autores. Contienen sus cuadernillos alrededor de 130 recensiones, al pie de las cuales se leen los nombres de Joaquín Alvarez Pastor, Alberto Arai, Juan Barona, Miguel Bueno, Manuel Cabrera, Juan de la Encina, Enrique Espinosa, José Fuentes Mares, José Gaos, Juan David García Bacca, Eduardo García Máynez, Paula Gómez Alonzo, Antonio Gómez Robledo, L. Gracia y Angeles, Eugenio Imaz, Francisco Larroyo, Roberto Mantilla Molina, José Medina Echavarría, Lucio Mendieta y Núñez, Ricardo Monges López, Eduardo Nicol, Edmundo O'Gorman, Luis Recaséns Siches, Oswaldo Robles, Juan Roura-Parella, Margarita Talamás Vázquez, Joaquín Xirau y Leopoldo Zea.

Los últimos meses de 1940 los dedicamos a reunir artículos para *Filosofía y Letras*. Habría sido muy difícil, en aquel tiempo, crear una revista exclusivamente consagrada a la difusión de trabajos filosóficos y, por otra parte, como órgano del plantel, tenía que dar cabida, por la pluralidad de secciones de éste, a estudios literarios, históricos y antropológicos. Decidimos dividirla en tres partes, que —por la índole de sus respectivos contenidos— bautizamos con los nombres de *Filosofía*, *Letras e Historia* y *Antropología*. El entonces Rector de nuestra Casa, Dr. Mario de la Cueva, actual Coordinador de las Humanidades, aprobó inmediatamente la idea, y dio órdenes para que la revista se formase en la Imprenta Universitaria. Aún recuerdo la alegría que me produjo contemplar el proyecto de portada que, con las primeras pruebas de plana, me presentó el Dr. Francisco Monterde, a la sazón Director del Servicio Editorial: me refiero a la cartulina blanca en que aparecían, impresos con tinta azul, nombre, número y fecha de la publicación. Ésta sí tuvo larga vida, pues la primera entrega se hizo en 1941 y la última en 1958. De los 69 números que comprende, 43 fueron dirigidos por mí; 4 (del 23 al 26), por el Lic. Agustín Yáñez, actual Secretario de Educación; 15, por el Lic. Salvador Azuela, y los 7 postreros por el Dr. Francisco Larroyo, Director de la Facultad. Como Secretarios fungieron: primeramente, el talentoso Eduardo Nicol y, a partir de julio de 1948, Juan Hernández Luna, colaborador eficazísimo que, durante un largo periodo, se encargó de seleccionar el material y corregir las pruebas. *Filosofía y Letras*, que cubre 18 años de vida de nuestra Alma Mater y es, según creo, fiel espejo de la actividad filosófica de nuestro país durante ese lapso, rompió por amplio margen —como dicen los cronistas de deportes— el récor establecido a principios de siglo por la *Revista Positiva* de Dn. Agustín Aragón, la cual empezó a circular en 1901 y dejó de salir catorce años después.

Si me he detenido a hablar de *Filosofía y Letras*, pese a que no era publicación del Centro, sino órgano de la Facultad, ello se debe a que, como lo revela la lista de sus colaboradores, éstos fueron, en buena parte, las mismas personas que dieron vida a nuestra sociedad, e hicieron posible, especialmente entre 1940 y 1945, realizar las tareas iniciadas cuando tuve el honor de dirigir la escuela de Mascarones. Quiero subrayar el papel que desempeñó en esas empresas, lo mismo que en las actividades docentes y en el cultivo y difusión de las ideas filosóficas, durante esa etapa, el grupo de los maestros españoles. Lo que entonces se hizo, difícilmente habría podido lograrse sin su ayuda. Aquellos años fueron un momento feliz en la vida de nuestra Facultad, pues los azares de la historia hicieron que entre sus profesores figuraran, junto a los más notables entre los mexicanos, como Antonio Caso, Ezequiel A. Chávez, Alfonso Reyes, Samuel Ramos y José Vasconcelos, ya desaparecidos, varios de los mejores de las Universidades de Madrid y Barcelona. De la pléyade de filósofos "transterrados" sólo tres siguen con nosotros: José Gaos, Eduardo Nicol y Luis Recaséns Siches; Joaquín Xirau, Eugenio Imaz y José Gallegos Rocafull murieron aquí, y los demás o prestan sus servicios en otras instituciones o se han ido de México.

Quiero ahora decir algo acerca de los libros que entonces publicamos. Cuando Dn. Antonio Caso era Director y yo Subdirector de la Facultad de Filosofía,

Juan Roura-Parella me presentó a un simpático editor catalán. Este o, mejor dicho, la *Compañía General Editora* de que él era gerente, había iniciado la publicación de dos series de obras breves: una de *Monografías Médicas* y otra de carácter literario, cuyo consultor técnico era el poeta José Carner, amigo de Roura. No fue difícil convencer al gerente de que debía añadir a esas colecciones la de *Monografías Jurídicas*, que iniciamos en 1939, y otra de *Monografías Filosóficas*, cuyo primer título vio la luz dos años más tarde. En la última aparecieron, entre 1941 y 1945, bajo el nombre del Centro, cinco opúsculos pulcramente impresos, tres de los cuales eran textos de lecciones dadas en la Facultad de Filosofía. He aquí los títulos: Antonio Caso, *Positivismo, neopositivismo y fenomenología*, 1941; Joaquín Xirau, *Lo fugaz y lo eterno*, 1942; José Vasconcelos, *El realismo científico*, 1943; Jaime Serra Hunter, *El pensamiento y la vida. Estímulos para filosofar*, 1945, y Edgar Sheffield Brightmann, *Una filosofía de los ideales*, trad. de Edmundo O'Gorman, 1945.

En 1941 empezamos a preparar, en conexión con *El Colegio de México*, la Colección de *Textos Clásicos de Filosofía*, anunciados en el número uno del *Boletín Bibliográfico*. Recuerdo que cuando llevé al Lic. Daniel Cosío Villegas el primero de los originales, surgió una dificultad que parecía insuperable. Él se negaba a que la serie se publicase como colección del Centro, y nosotros, como es lógico, insistíamos en que el nombre del Centro no fuese omitido. Dn. Alfonso Reyes, con su espíritu conciliador, encontró la fórmula para la superación del escollo, y redactó las líneas que pueden leerse, bajo el número de orden, en cada uno de los volúmenes: "*Colección de Textos Clásicos de Filosofía*. Preparada y elaborada por los miembros del Centro de Estudios Filosóficos de la Facultad de Filosofía y Letras, bajo la dirección de Eduardo García Máynez. *El Colegio de México* la edita para el servicio de la Facultad."

Los textos publicados entre 1941 y 1944 fueron:

Kant, *Filosofía de la Historia*. Prólogo y traducción de Eugenio Imaz, 1941.

Giambattista Vico, *Principios de una ciencia nueva en torno de la naturaleza común de las naciones*. 2 tomos. Prólogo y traducción de José Carner, 1941.

Adam Smith, *Teoría de los sentimientos morales*. Introducción de Eduardo Nicol; traducción de Edmundo O'Gorman, 1941.

Edmundo Husserl, *Meditaciones Cartesianas*. Prólogo y traducción de José Gaos, 1942.

David Hume, *Diálogos sobre religión natural*. Prólogo de Eduardo Nicol; traducción de Edmundo O'Gorman, 1942.

Los Presocráticos, 2 volúmenes. Traducción y notas de Juan David García Bacca, 1944.

En el último de los volúmenes, por razones que nunca llegué a conocer, los editores dejaron de mencionar al Centro de Estudios Filosóficos. A partir de entonces nos abstuvimos de preparar originales para la Colección, y ésta dejó de publicarse en 1945.

Fuera de serie, en 1942 editamos, con el concurso de la Imprenta Universitaria, un hermoso traslado del poema de Parménides, que el traductor —me refiero a García Bacca— dedicó al Centro de Estudios Filosóficos. Trátase de una versión comentada, lo que explica el curioso subtítulo: *Atentado de hermenéutica histórico-vital*, revelador, por lo demás, del peculiarísimo estilo de Juan David.

De la Imprenta Universitaria salieron también, en 1941 y 1942, otras dos publicaciones filosóficas, de las cuales sólo la primera corresponde al Centro: un *Homenaje a Bergson* en que colaboraron José Gaos, Eduardo Nicol, Emilia Noulet de Carner, Samuel Ramos, José Vasconcelos y Joaquín Xirau, y un fragmento de *Los Libros del Alma*, de Fray Alonso de la Veracruz, vertido al castellano por el Dr. Oswaldo Robles. Recuerdo que de esta obra se mandó en canje un ejemplar a la revista que edita en Boston la Sociedad Fenomenológica Internacional. Poco después, el director de esa revista, Dr. Marvin Farber, envió a

México una carta de agradecimiento, que me fue entregada por el Jefe de nuestra Oficina de Correspondencia. En el sobre podían leerse estas palabras: "To Mr. Fray Alonso de la Veracruz. National University. Mexico City, Mexico". En un rato de buen humor, tomé la pluma y escribí: "Querido Dr. Farber: Un funcionario de la Universidad ha puesto en mis manos la carta que dirigió Ud. a Fray Alonso de la Veracruz, para agradecerle el obsequio de la obra *Los Libros del Alma*. Siento decirle que no podremos entregar su carta a Fray Alonso porque éste murió en 1584. Pero quizá le interese enterarse, como Director que es de una de las revistas filosóficas más importantes de los Estados Unidos, de que en 1542 el reverendo Fray Alonso puso punto final, en *Studium Generale* de Tiripitío, Michoacán, al primer curso de filosofía impartido en el Continente Americano. Saluda a Ud. cordialmente, Eduardo García Máynez."

En 1944 salieron de las prensas: *La filosofía de los valores*, de Alfredo Stern; *Spranger y las ciencias del espíritu*, de Juan Roura, y un breviario de *Ética* escrito por mí, que aún hace padecer a los futuros bachilleres. Con esta última obra pretendíamos iniciar una *Colección de Manuales Escolares* que, por desgracia, jamás cuajó. Luis Recaséns Siches me había ofrecido un *Manual de Sociología* y, fiel a su ofrecimiento, empezó a escribirlo; pero el original a máquina llegó a las ochocientas cuartillas, y lo que iba a ser un texto escolar para estudiantes del primer año de Leyes resultó a la postre un largo *Tratado* que ya no pudimos publicar. Recuerdo que insistí mucho con Dn. Alfonso Reyes en que debía darnos para esa colección una *Historia de la Literatura Mexicana*, mas no pude persuadirlo a que lo hiciera. Logré, en cambio, que se incorporase al profesorado de la Facultad, donde leyó varios cursos. El anunciado con el título *La crítica en la edad ateniense* dio origen a uno de sus mejores libros, y es prueba fehaciente de una virtud del autor en que se ha puesto escaso énfasis: su extraordinaria capacidad pedagógica.

Aun cuando entre 1940 y 1945 nuestra actividad editorial pasó al primer plano, no por eso dejamos de reunirnos periódicamente para discutir trabajos de los socios. En la segunda junta, cuya fecha no tengo presente, el llorado Joaquín Xirau leyó un trabajo que en realidad era un resumen, esbozo o antecedente de su libro *Amor y Mundo*, editado poco después por *El Colegio de México*. Otra discusión importante, cuyas actas dimos a conocer en la revista *Filosofía y Letras*, giró en torno de unas páginas de José Gaos sobre *El concepto de filosofía*.

La participación del Centro fue muy intensa, durante esos años, en los Cursillos de Invierno de la Facultad, lo mismo que en los cursos ordinarios y demás actividades del plantel.

Recuerdo que en aquella época me reunía casi todos los días, para forjar nuevos y cada vez más ambiciosos proyectos, con dos de mis colaboradores más entusiastas: el fino y sentencioso García Bacca, con su no perdido y quizás indeleble aire ascético y sacerdotal, y el eufórico, locuaz y siempre optimista Roura-Parella. Fue entonces cuando descubrí, como Cándido, el de Voltaire, que lo mejor de la vida es el trabajo, cuando el trabajo puede interpretarse como respuesta a un llamamiento que sale de los hondones del espíritu...

Pero pasemos a la segunda parte de nuestra historia.

De 1945 a 1953

El día 30 de diciembre de 1944, el Presidente de la República, General de División Manuel Avila Camacho, expidió la *Ley Orgánica* que nos rige. En cumplimiento del artículo 8º, fracciones I, II y III de la misma, el Consejo Universitario dio su aprobación, en las tormentosas sesiones de los días 12, 14, 16, 19, 21, 23 y 26 de febrero, y 2, 5, 7, 8 y 9 de marzo del siguiente año, al *Estatuto* de

nuestra Casa de Estudios, vigente desde el 12 de marzo de 1945. En una de esas sesiones, la del 21 de febrero, el propio Consejo aprobó la iniciativa, presentada por mí, para la elevación del Centro de Estudios a la categoría de Instituto autónomo. Este empezó a funcionar en forma independiente el 20 de abril de 1945, día en que, después de haber sido electo Director por la Honorable Junta de Gobierno, tomé posesión del cargo.

Al discutirse la propuesta de fundación, uno de los Consejeros sostuvo que más que pensar en crear nuevos institutos, lo que debía hacerse era fortalecer a los que ya existían. Repliqué que el Centro de Estudios Filosóficos era una realidad de la que podía juzgarse por sus frutos, y que el reconocimiento oficial de esa realidad no sería gravoso para nuestra *Alma Mater*, porque, en primer término, durante cinco años habíamos trabajado sin dinero y, en segundo lugar, porque la Fundación Rockefeller acababa de hacernos un donativo de 15,000 dólares, de los que destinaríamos 12,000 al otorgamiento de ocho becas de investigación y 3,000 a la compra de libros y revistas para nuestra incipiente biblioteca.

Con estos argumentos convencí al Consejo, pero las razones que aduje resultaron una espada de dos filos, porque, cuando llegó el momento de discutir el primer presupuesto, sólo pude conseguir una asignación de \$14,600: \$8,000 para publicaciones y \$6,600 para sueldos. Al Director, \$250.00 mensuales; \$210.00 al Oficial C y \$90.00 al Mecanógrafo D.

Realmente no era un Potosí, pero nos sentíamos felices, pues, por vez primera, gracias a la Universidad y al flamante donativo, estábamos ya en condiciones de ofrecer, en vez de vernos, como antes, siempre obligados a pedir. Y efectivamente ofrecimos, y otorgamos, para investigaciones filosóficas que fueron realizadas en 1945, 1946 y 1947, ocho becas de 1,500 dólares cada una, lo que, en pesos y centavos, al tipo de cambio del momento, resultaba ya una cantidad decorosa. Antonio Caso Jr., Director de la Editorial Stylo, no sólo accedió a publicar el resultado de nuestros trabajos, sino que pagó, además, modestas regalías. Tuvimos así una nueva colección, formada por estos títulos: Francisco Larroyo, *Historia de la filosofía en Norteamérica*, 1946; Eduardo Nicol, *La idea del hombre*, 1946; José Fuentes Mares, *Kant y la evolución de la conciencia sociopolítica moderna*, 1946; Leopoldo Zea, *Ensayos sobre filosofía en la historia*, 1948 y Eduardo García Máynez, *La definición del Derecho. Ensayo de Perspectivismo Jurídico*, 1948.

Poco después de que el Centro comenzó a funcionar autónomamente, elaboramos un reglamento de trabajo, en cuyo art. 1º se señalaron al instituto las siguientes finalidades:

"I. Realizar dentro de la Universidad, y fomentar en todo el país, los trabajos de investigación en materias filosóficas, así como dar a conocer tales trabajos por medio de mesas redondas, conferencias, publicaciones, seminarios o cursos especiales.

"II. Cultivar los estudios históricos sobre el pensamiento filosófico de nuestro país, de los demás del Continente y de los no americanos a los que el nuestro se halla ligado por los lazos de la tradición y la cultura.

"III. Contribuir a la difusión de la filosofía en todas sus manifestaciones, dentro y fuera de la Universidad Nacional.

"IV. Fomentar las relaciones y la colaboración entre los cultivadores de la filosofía en México.

"V. Sostener relaciones de intercambio intelectual con otros centros culturales, mexicanos y extranjeros.

"VI. Formar una biblioteca y una hemeroteca de filosofía y disciplinas conexas.

"VII. Organizar un servicio informativo sobre las actividades filosóficas en el país, y formar un Directorio Filosófico."

Obedientes a lo dispuesto en el primero de esos incisos, y fieles a la costumbre del Centro, seguimos reuniéndonos periódicamente para leer trabajos de filosofía. Entre 1945 y 1953 hubo numerosas conferencias y discusiones de mesa redonda. Recuerdo, por ejemplo, las destinadas a las ponencias de Patrick Romanell, Juan David García Bacca, José Gaos, Juan Manuel Terán, José Gallegos Rocafull y, sobre todo, aquélla o aquéllas, —creo que fueron dos— en que Luis Recaséns Siches, con la flamígera espada madrileña de la metafísica de la razón vital, y Guillermo Héctor Rodríguez, enfundado en su armadura marburguesa y blandiendo la tizona del idealismo crítico, combatieron durante largas horas, empeñados en una especie de duelo a muerte filosófico.

Viene también a mi memoria, aunque por otras y muy tristes razones, la sesión del 6 de marzo de 1946, a la que Dn. Antonio Caso había prometido asistir, y en la que el Dr. Patrick Romanell, de la Universidad de Austin, leyó un trabajo. En los momentos en que Guillermo Héctor Rodríguez formulaba objeciones, un empleado entró presurosamente al salón y se dirigió al Dr. Ramos, que estaba junto a mí y era, en aquel entonces, director de la Facultad. Samuel palideció y me dijo al oído: "Tienes que levantar la sesión; este hombre ha venido a decirme que el Maestro Caso acaba de morir."

En 1947 conseguimos que en el presupuesto del Instituto figurara ya un renglón para becas, el cual, a partir de 1948, fue considerablemente aumentado. Ello permitió, ya que en aquel tiempo no había dinero para investigadores de planta, conceder, entre 1947 y 1953, 19 bolsas de estudio. Logramos, igualmente, que la Universidad se encargara, a través de su servicio editorial, de imprimir la mayoría de nuestros trabajos. De lo publicado en esos años mencionaré, en primer término, el *Homenaje a Antonio Caso* (Stylo, 1947), en el que colaboramos Antonio Gómez Robledo, Oswaldo Robles, Patrick Romanell, Leopoldo Zea, Rafael Moreno, Juan Hernández Luna, José Gaos, Edgar Sheffield Brightmann, Juan David García Bacca, Emilio Uranga, Samuel Ramos, Juan Manuel Terán, Luis Recaséns Siches y yo; el *Homenaje a Cervantes* (1948), con hermosos ensayos de Juan David García Bacca, Julio Jiménez Rueda, Francisco Monterde, José Gaos y Rafael Altamira, y el *Homenaje a Goethe* (1950) al que contribuyeron con valiosos textos Gaos, Nicol, Gallegos Rocafull, Monterde, Rudolf Steiner e Iso Brante Schweide. Debo mencionar, asimismo, las obras que, con becas del Centro de Estudios Filosóficos, fueron escritas para conmemorar, en 1951, el 4º Centenario de la fundación de la Real y Pontificia Universidad de México. Me refiero a *La idea del descubrimiento de América*, de Edmundo O'Gorman; *El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII*, del padre José María Gallegos Rocafull, y *Coatlícue. Estética del arte indígena antiguo*, de Justino Fernández.

En la Ciudad Universitaria

(1954-1965)

Los años corridos desde la fecha del traslado de la Universidad a la Ciudad Universitaria constituyen el pasado inmediato de Centro de Estudios Filosóficos. Desde el cuarto piso de esta Torre de las Humanidades que ni es torre ni —por fortuna— es de marfil, frente a un horizonte de volcanes, montañas, colinas en las que la ciudad se ha encaramado y torrentes de lava inmóvil, hemos asistido a lo que cabría llamar la "institucionalización" —dentro de nuestra vida académica— de la investigación humanística y científica.

Gracias al constante apoyo del gobierno de la República y al celo y dinamismo de las autoridades universitarias, la Universidad ha visto crecer, en proporción que se antoja increíble, tanto su espacio vital (que, increíblemente

también, empieza a resultar estrecho) cuanto las cifras de su matrícula, sus recursos económicos, sus posibilidades de desarrollo y sus instrumentos de trabajo. Los beneficios han sido grandes para todos, pero, especialmente, para quienes —acatando un imperativo vocacional— hemos resuelto consagrar nuestras vidas a tareas de investigación, ya en el terreno de la filosofía, ya en el de las ciencias.

El graduado que sale hoy de nuestras Facultades y quiere, por ejemplo, ser filósofo, historiador o antropólogo, o dedicarse a la física teórica, a investigaciones médicas de alto nivel o a la matemática pura, no se ve ya constreñido, como antes, a ser abogado a ratos y a ratos antropólogo, historiador o filósofo; a ratos médico, empleado o funcionario y a ratos investigador científico, sino que puede, sin necesidad de adoptar posturas heroicas o hacer votos de pobreza, seguir su voz interior, entregarse por entero al trabajo que le apasiona y hacer de la investigación una carrera que le permite vivir con decoro.

Desde 1954, en que se hicieron los primeros nombramientos, hasta la fecha, a nuestro Instituto han pertenecido once investigadores de tiempo completo, incluyéndome a mí: Miguel Bueno, Adolfo García Díaz, Antonio Gómez Robledo, Eli de Gortari, Robert S. Hartman, Bernabé Navarro, Luis Recaséns Siches, Alejandro Rossi Guerrero, Fernando Salmerón y Leopoldo Zea. Actualmente somos titulares Bueno, De Gortari, Hartman, Recaséns, Zea y yo; Navarro y Salmerón son adjuntos, y Rossi es auxiliar. García Díaz y Gómez Robledo renunciaron hace varios años.

Nuestro primer propósito, después del cambio a los nuevos edificios, fue "crear un órgano especializado de filosofía en plan científico y con carácter internacional". Nació así el Anuario del Centro, en cuyo primer número Eduardo Nicol, director de la publicación, se refirió en estos términos al título de la revista: "El nombre de *Diánoia* que sirve de divisa al Anuario simboliza al mismo tiempo su intención y su carácter. La *diánoia* —dice Platón— es un diálogo interior y silencioso del alma consigo misma. La quietud, la intimidad, la soledad, son necesarias para que el pensamiento reflexivo produzca frutos de verdadera ciencia. Pero el pensamiento y la palabra son una misma cosa, dice también Platón; por esto el pensar no es puro *noéin*, sino *diánoia*, y la palabra de razón no es puro *lógos*, sino *diálogos*. Todo pensamiento es diálogo. La fase de gestación, en la que el alma dialoga silenciosamente consigo misma en la intimidad, se completa necesariamente con la expresión creadora, el diálogo con las almas ajenas, en el cual se cumple el carácter de auténtica comunidad que tiene el pensamiento cuando busca la ciencia verdadera. La ciencia —la verdad— es un bien común. *Diánoia* se pone al servicio de este bien."

Componen el Anuario tres secciones. En la primera, titulada *Investigadores*, aparecen, exclusivamente, trabajos de los miembros del Instituto. La segunda: *Estudios Monográficos*, publica colaboraciones de filósofos que no pertenecen al Centro, mexicanos o extranjeros; y la última tiene una subsección de *Noticias* y otra destinada a reseñas de libros.

Hasta la fecha han aparecido diez números; el que corresponde a 1965 empezará a circular dentro de unos días. Cuando preparábamos la segunda entrega, el Dr. Nicol renunció a la dirección del Anuario. Desde 1957, éste ha sido dirigido por mí, con la constante, desinteresada y eficaz ayuda de Robert S. Hartman, Consejero, y Rafael Moreno y Bernabé Navarro, Secretarios. Fondo de Cultura Económica edita y distribuye la revista, y en buena parte cubre los gastos de impresión. Ello no sólo ha hecho que nuestro Anuario sea convenientemente difundido, sino que ha dado origen a fuertes lazos de amistad con la casa editora más importante de los países de habla castellana. Aprovecho la oportunidad para expresar mi reconocimiento al Director del Fondo, Dr. Arnaldo Orfila,* y a todos los que en la empresa que él dirige han colaborado con nosotros. Me refiero a Joaquín Díez Canedo y Alí Chumacero, sucesivamente gerentes de pro-

* Hasta el mes de noviembre de 1965.

ducción, y a la Sra. Elsa Cecilia Frost de Soler, quien, con celo y competencia extraordinarios, ha cuidado del Anuario y de la colección de *Diánoia*.

Entre los autores que en México han escrito en la revista figuran: José Alvarez Laso, Agustín Basave Fernández del Valle, Christian Brunet, Justino Fernández, José Gaos, Francisco Larroyo, Edmundo O'Gorman, Adolfo Sánchez Vázquez y Luis Villoro; del extranjero hemos recibido y publicado artículos de: Nicola Abbagnano, Luigi Bagolini, Georges Bastide, David Baumgardt, Raymond Bayer, Amedeo G. Conte, Octavio Nicolás Derisi, Diego Domínguez Caballero, Hugó Fischer, Risieri Frondizi, Gerhard Funke, Juan David García Bacca, Alain Guy, Charles Hartshorne, Helmut Hungerland, Josef L. Kunz, Juan Llambías de Azevedo, Reinhard Lauth, Francisco Miró Quesada, Héctor Neri Castañeda, F. Paradies, Charles Perelman, Humberto Piñera Llera, Patrick Romanell, Michele Federico Sciacca, Alfred Schütz, Julius Stone, Wilhelm Szilasi, Arnold Toynbee, Mario Untersteiner, Alfred von Verdross, Rafael Virasoro, Jean Wahl y Hans Welzel.

Para dar a conocer, en forma de libros, el fruto de investigaciones de mayor aliento, desde 1954 creamos, paralelamente al *Anuario*, y en conexión también con el Fondo de Cultura, la *Colección de Diánoia*, que cuenta ya con 14 títulos, de los cuales 11 corresponden a investigadores del Centro y los restantes a trabajos de tres de los más fieles colaboradores del Instituto. Acabo de aludir a *Hacia un nuevo humanismo*, del siempre recordado Samuel Ramos, y a las sin duda mejores obras de dos maestros españoles: *De la Filosofía*, del Dr. José Gaos, profesor emérito de esta Casa, y *Metafísica*, libro de originalidad desconcertante, que el autor, Juan David García Bacca, desde hace muchos años cate-drático de la Universidad Central de Venezuela, quiso publicar en México.

Los trabajos de miembros del Centro incluidos en la *Colección de Diánoia* son los siguientes, que enumero en orden cronológico: Eduardo García Máynez, *Lógica del juicio jurídico*, 1955; Luis Recaséns Siches, *Nueva filosofía de la interpretación del derecho*, 1956; Eli de Gortari, *Introducción a la lógica dialéctica*, 1956; Leopoldo Zea, *América en la historia*, 1957; Miguel Bueno, *Las grandes direcciones de la filosofía*, 1957; Antonio Gómez Robledo, *Ensayo sobre las virtudes intelectuales*, 1957; Eduardo García Máynez, *Lógica del concepto jurídico*, 1959; Robert S. Hartman, *La estructura del valor*, 1959; Antonio Gómez Robledo, *Meditaciones sobre la justicia*, 1963; Miguel Bueno, *Introducción a la antropología formal*, 1963 y Eduardo García Máynez, *Lógica del raciocinio jurídico*, 1964.

En 1959, con *Principia Ethica*, de G. E. Moore, iniciamos la serie *Filosofía Contemporánea*, elegantemente editada por la Dirección General de Publicaciones de la Universidad, al cuidado del acucioso e infatigable Huberto Batis. Los volúmenes de esta serie, con hermoso diseño tipográfico de A. A. M. Stols, han aparecido gracias a la ayuda pecuniaria de la Universidad de México y al apoyo e interés del Coordinador de Humanidades y de los directores del Servicio Editorial Enrique González Casanova (durante la época en que fue Rector el Dr. Nabor Carrillo Flores) y Rubén Bonifaz Nuño (desde que inició su gestión rectoral el Dr. Ignacio Chávez). En *Filosofía Contemporánea*, serie primordialmente destinada a la difusión del pensamiento filosófico entre el público de habla castellana y al uso de sus textos en cátedras y seminarios, figuran, además del clásico libro de Moore, obras de Hans Driesch, Patrick Gardiner, Herman J. de Vleeschauwer, Alfred von Verdross, Edmundo Husserl, André de Muralt, Emil Brunner, Nicolai Hartmann y Ernst von Aster.

Con los mismos propósitos de *Filosofía Contemporánea*, en 1959 lanzamos los *Cuadernos del Centro de Estudios Filosóficos*, en que aparecen traducciones de textos filosóficos breves. Esta colección también ha sido editada por la Universidad. La mayoría de las ediciones ha estado al cuidado de Huberto Batis; pero algunas veces han colaborado con él, en esta faena, Graciela de la Lama de González Tejeda, Jesús Arellano y varios de los traductores. Los cuadernos son ya 22, de los cuales 5 corresponden a los *symposia* del último Congreso Interna-

cional de Filosofía. La serie de que estoy hablando incluye opúsculos de Helmut Coing, Brand Blanshard, Theodor Lessing, Kurt Lisser, Rudolf Laun, Ernst Nagel y James Newman, Gottfried Wilhelm Leibniz, Henri Bergson, Heinrich Rickert, Johann Gottlieb Fichte, Rudolf Carnap, Alfred North Whitehead, Chaim Perelman, Adolf Menzel, Herman Glockner, Norberto Bobbio y Nicolai Hartmann.

La publicación de las series *Filosofía Contemporánea* y *Cuadernos* ha exigido el concurso, que mucho agradecemos, de quienes se han prestado a ejercer, para ayudarnos a difundir varias de las mejores obras del pensamiento filosófico mundial, el ingrato, arduo y nunca suficientemente apreciado oficio de traductor. Me refiero a Juan José Bremer, Mario de la Cueva, Elsa Cecilia Frost, José Gaos, Adolfo García Díaz, José Luis González, Ricardo Guerra, Robert S. Hartman, Bernabé Navarro, Nicolás Molina Flores, Rafael Moreno, Alejandro Rossi, Luis Recaséns Siches, Luis Villoro, Ramón Xirau y Vera Yamuni Tabush.

Por lo que toca al desarrollo de las tareas de los miembros del Instituto, me place decir que se han desenvuelto siempre al amparo de un principio celosamente cumplido: el de libertad de investigación que nuestro Estatuto consagra. Por la **índole** misma de nuestras investigaciones, que, a diferencia de lo que ocurre en otros campos, excluye la labor de equipo, esas investigaciones obedecen a planes que los investigadores formulan libremente; y aunque es cierto que existe la obligación de someter dichos planes a la aprobación del Consejo de Humanidades, nunca se ha dado el caso de que éste los rechace. Los miembros del Instituto tienen, eso sí, el deber de rendir informes sobre el desarrollo de sus pesquisas y, sobre todo, el de dar a conocer el resultado de las mismas. Esto explica, por otra parte, la finalidad esencial del Anuario y de la *Colección de Diánoia*.

Antes de dar por concluida esta historia del Centro de Estudios Filosóficos, deseo dar públicamente las gracias al Sr. Rector, Dr. Ignacio Chávez, por todo lo que ha hecho en beneficio de nuestro instituto. Mencionaré, en primer término, los aumentos que, por acuerdo suyo, año tras año han venido incrementando nuestro presupuesto. La suma de \$14,600.00, que se nos asignó en 1945 y que en 1961 llegaba a los \$514,202.00, ha crecido anualmente hasta completar los \$897,720.00 del presupuesto en vigor, lo que ha permitido no sólo mejorar los sueldos, sino las condiciones e instrumentos de trabajo. Quiero, también, recordar la forma en que ha contribuido al desarrollo de nuestra actividad editorial y al enriquecimiento de la biblioteca, que cuenta ya con 8,000 libros y 3,000 revistas de filosofía. Le expreso, asimismo, nuestra gratitud por las obras, recientemente concluidas, de reacondicionamiento del piso que ocupamos en esta torre.

A los Señores Secretario General y Secretario Auxiliar de la Universidad deseo agradecerles la ayuda que siempre me han prestado en los asuntos de orden administrativo; al Sr. Coordinador de Humanidades y a los miembros del Consejo que él preside, su interés en las tareas del Centro y el apoyo que en todo momento nos han ofrecido; a los señores investigadores y al personal del Instituto, su entrega al trabajo y su constante colaboración.

Concluida ya, por precepto de ley, mi función directiva, sólo espero la orden del Sr. Rector para dejar las riendas del Instituto en manos más aptas y más jóvenes.

EDUARDO GARCÍA MÁYNEZ.